

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

PERIODICO POLITICO.

Número 1.º

Viérnes 29 de Octubre de 1858.

Precio 10 cts.

La Asamblea Constituyente.

SANTIAGO, OCTUBRE 29 DE 1858.

El Programa.—La Redaccion.

El programa de este periódico está en su título—la *Asamblea Constituyente*. Todo lo que encierran estas dos palabras, he ahí el tema de los trabajos políticos que vamos a emprender. Este es el programa.

La aparición de esta hoja es eminentemente espontánea. No reconoce solidaridad ninguna ni con los partidos militantes, ni siquiera con la inspiración de un círculo, ni aun con el consejo de un amigo. En esta confesión no hai vanidad ni petulancia; es solo la franqueza del deber, i por tanto declaramos que nuestra conciencia i nuestro corazón son nuestros únicos consejeros, i por ahora no contamos sino con esos modestos pero leales auxiliares, que no sabran hacerenos traicion. Esta es la redaccion.

En este primer número solo nos ocupamos de la idea abstracta, de la inspiración íntima que en esta vez ha venido a ponernos la pluma en la mano, para contribuir de cualquier manera a la solución de la extraordinaria crisis que día por día hace cundir sobre todo el país una alarma tan universal i tan profunda, que ya toca en el espanto.

En nuestros próximos números entraremos en el terreno del frío razonamiento i analizaremos en detalle la convicción profunda, que ahora solo anunciamos con fe i esperanza, de que la salvación del país, está en la apelación al país mismo i en la convocatoria pacífica de una Asamblea Constituyente.

Por los que a nosotros toca personalmente, séanos permitido una palabra si es que nuestra manera de escribir desde muy atrás no la hace escusada—Esta palabra es la de que jamás descenderemos, por mas provocaciones que se nos hagan, del espíritu i del tono que nuestra dignidad nos prescribe como hombres i como caballeros. Esperamos muchos tiros emponzoñados, pero no

devolveremos ninguno ni recogeremos tampoco los que sin herirnos hayan caído a nuestros pies.

La Asamblea Constituyente.

La tempestad que se alza en medio de los mares a la voz del Eterno se calma, cuando esa voz se apaga en las alturas; i al diseñarse el fris en el cielo, las olas se amanzan i se aduermen tranquilas en su eterno lecho. Nada se ha dislocado, nada se ha perdido, nada ha cambiado de lugar en la eterna unidad de lo creado, porque el soplo con que la divinidad dió vida a la creación inerte, fué la lei de su conservación i de su reposo.

No así en la humanidad.—«Creced, multiplicáos i esparcíos por toda la tierra» dijo al hombre la Divinidad que habia dicho al océano—«Yo te tengo en la cavidad de mi mano», i desde entónces el hombre crece, la humanidad se multiplica, las naciones pueblan el universo. I hace cincuenta siglos a que esa lei se está cumpliendo. Cada día, cada hora, la obra se ejecuta, i el suspiro del niño que ve la primera luz, la resurrección de un pueblo que sacude el letargo de su barbarie, un descubrimiento del jénio individual, el eslabon que ata un día a otro día, un siglo a otro siglo, todo eso forma la gran cadena del destino del hombre, todo eso es la unidad del jénero humano.

La humanidad marcha. Los siglos la atajan, pero al revez del océano que absorbe todos los rios del universo sin dilatar una braza su inmutable receptáculo, ella los conquista i los coloca a sus piés como la grada indestructible por la que lentamente sube a su destino. La muerte la devora, pero apénas una jeneración sucumbe, otra jeneración se presenta para cumplir el testamento de aquella, i cuando a su turno desaparece, deja ya escrita otra página en que las edades vienen a hacer su aprendizaje. Todo es progreso, todo es transformación, todo es poder i vida en el ser de la humanidad. El Hacedor que creó el orbe en el espacio de seis días, ha dejado transcurrir cinco mil años para que la humanidad salga de su infancia. Que marche entónces, que se eduque, que se perfeccione, esa es su lei imperecedera, su augusto fin!

I esa lei de progreso, esa revolución eterna i solidaria de la humanidad que hace tres siglos trajo a la América la carabela de Colon, i nos envia